

LA CARTA QUE NUNCA PODRÁS LEER

Gabriel Jaime Bustamante

Historiador de la Universidad de Antioquia.

Después de aquella salida súbita, la noche del 25 de febrero de 2008, ninguno de nosotros imaginó que jamás regresarías. Supongo que no comprendías nada de lo que estaba pasando, que parecía la historia de otro. De pronto te sacan de tu casa, de la escuela, quedas desnudo: sin lo tuyo y sin los tuyos. Tus cuadernos de la escuela quedaron a medio empezar.

Aquella noche en la que inició tu calvario todo era normal, a excepción de una fiebre que arrastrabas de días atrás. Nada insólito, en apariencia, pasaba en las vidas de quienes te rodeábamos. En la mañana de aquel lunes todo transcurrió normal: tus papás fueron a sus trabajos y tú te hacías cargo de las tareas que las profesoras del Jardín Siderense, aquella vieja casona que hacía las veces de escuela, en la que cursabas tu primer año de enseñanza, te habían dejado desde el viernes anterior. La “profe” de español te había dejado una tarea, recuerdas: “recortar y pegar palabras con las letras vistas en clase”; la de matemáticas te había dejado unas sumas para que resolvieras; y en el cuaderno de ciencias dibujaste, ejercicio que te gustaba tanto como explorar, y coloreaste un cuerpo humano donde señalabas la cabeza, el tronco y las extremidades.

Te mencioné la palabra explorar y se volcaron un montón de imágenes en mi cabeza. ¿Recuerdas que cuando apenas arrancabas a caminar, cuando tus pasos eran aún torpes e inseguros, convertimos el parque del pueblo en uno de los primeros lugares para auscultar el mundo más allá de las paredes de tu casa, cada sábado? Como las cámaras tienen la virtud de congelar los momentos que la memoria va echando al olvido, te veo, mientras paso las hojas del álbum familiar, perseguir unas palomas mientras huyen en desbandada; abrazar con tus pequeños bracitos esa gigantesca ceiba centenaria que te hacía ver tan diminuto; te miro degustar un helado, ese de sabor a chicle que siempre pedías.

Fuiste un niño peregrino. Antes de cumplir el año ya te habías sumergido en el mar; habías caminado por las encantadoras calles empedradas de Barichara, ese pueblito de Santander declarado patrimonio nacional; y habías visitado muchos de los escarpados pueblos de Antioquia. A los seis años ni que decir, ya habías viajado y explorado bastantes rincones de este país. Estabas predestinado a viajar desde que naciste aquel año en que niños como tú fueron masacrados en Bojayá, ese pueblito olvidado del Chocó.

Pero esa cotidianidad creativa producto de tu espíritu investigador, de tu curiosidad sin fin y del gran amor que te dispensábamos todos los que te rodeábamos, se veía interrumpida por esa salida tuya, tan intempestiva como el rayo, aquella noche de febrero.

Mientras escribo estas palabras para ti, siguen desfilando episodios por mi memoria. Recuerdo que tu mamá me contó que antes de tu nacer se ponía sobre su redonda barriga unos papeles de celofán de diferentes colores, que alumbraba con una linterna con el ánimo de que tu llegada a este mundo fuera más amorosa y menos traumática. Quizás eso, y la música clásica que tu mami escuchaba, hicieron que tu nacimiento fuera sin traumatismos y que fueras un niño sano y normal. En tu habitación todo era azul, pues no podía ser, como decían las matronas de la familia, que un niño usara el color rosa. No sé si ese mandato de la tradición hizo que el azul se convirtiera en tu color preferido.

¿Sabías que tus nombres Andrés y Felipe fueron elegidos por tus papás por asuntos bíblicos? Pues sí amigo, recuerdo que así me llamabas siempre en nuestras exploraciones. Andrés en la Biblia significa “hombre, fuerza vital”, y Felipe, “el que defiende los caballos”. Con razón te gustaba tanto cabalgar.

Te he contado estas historias porque cuando te descubrieron aquel espantoso mal, muchas personas me preguntaban si habías sido un niño feliz, si habías nacido sano, si habías sido concebido con amor, si tu vida era digna. Sí, puedo responder con certeza, fuiste un niño planeado, deseado y amado como el que más.

En un carné que aún conserva tu mamá se ve que recibiste todas las vacunas recomendadas por los médicos: antipoliomielítica, antituberculosis, difteria, tosferina, tétanos, antihepatitis, rubeola, paperas, fiebre amarilla, influenza, es decir todo lo que un niño necesita, como dice una nota que aparece en el amarillento carné, para estar protegido contra enfermedades graves.

Creciste, fui testigo, siendo un niño feliz. Hoy te puedo ver en un video que grabó tu tía Gladis dando tus primeros pasos; chapuceando en la bañera; peleando con la sopa; intentado arrastrar cosas mucho más pesadas que tú; riendo a carcajadas; balbuceando tus primeras palabras; o asombrado con la luna. Es decir, rebosante de vida.

¿Recuerdas que después de nuestras exploraciones tu rostro blanco quedada rojo como la nariz del reno Rodolfo?, esa canción infantil que aprendiste a cantar en Navidad y que tanto te gustaba:

Era Rodolfo un reno que tenía la nariz / roja como la grana y de un brillo singular./ Todos sus compañeros se reían sin parar, / y nuestro buen amigo no paraba de llorar. / Pero Navidad llegó, / Santa Claus bajó / y a Rodolfo lo eligió / por su singular nariz.

¿Y que después de tu agotamiento nos tumbábamos en la hierba, sobre nuestras espaldas, con los brazos cruzados sobre el pecho, a mirar las nubes y a tratar de

descubrir figuras en ellas? Y que en tu rostro, de rasgos finos, se dibujaba una sonrisa de placidez que hacía resaltar ese lunar negro que adornaba tu cachete derecho y que te hacía decir con orgullo: “Jaimito, ¿sabes por qué me quiere la gente?”. Y a mi respuesta de por qué, me decías: “Por este lunar que tengo aquí”, y ponías tu pequeño índice en tu pómulo de nieve.

Cómo olvidar, amigo, tu cautivadora dulzura cuando los sábados después de preguntarle a tu abuela, por la ventana trasera de tu casa que comunicaba con la de ella en el primer piso: “Mamita, ¿ya llegó mi amigo?”, y cuando la abuela te respondía afirmativamente se sentían tus piecitos rápidos bajando por las escaleras para apresurar nuestro encuentro que empezaba con un abrazo “quiebra huesos” y que daba inicio a nuestra siguiente aventura. Y que salías vestido como todo un explorador, nada qué envidiarle a Russell, el niño de la película UP, con tus botas de caucho con figuras de caricaturas, con esa gorra inolvidable de tela color azul que cubría tu pelo aindiado y con ese morral lleno de mecato. Definitivamente tenías sed de mundo. Pero a veces la alegría, como dice Eduardo Galeano, parece un delito de alta traición.

¿Cómo no traer a la huidiza memoria aquellas tardes en que maliciosamente nos metíamos a la iglesia de La Virgen de Chiquinquirá a apagar las velas que la feligresía había dejado en agradecimiento a un favor recibido o la espera de un milagro atribuido a la intervención divina, mientras una sonrisa cómplice y una mirada furtiva acompañaban nuestra huida? Que tierna perversidad.

Cuando obtuviste tu mención de honor en la escuela fue todo un acontecimiento. Mientras tus papás lucían su elegancia casual, tú ibas con una toga roja en la cabeza y una capa del mismo color que casi cubría todo tu estirado cuerpo. Te graduaste junto a otros 22 niños, los mismos que después demostrarían el amor que sentían por ti y una solidaridad honesta y tierna. ¿Recuerdas que en ese momento ya sabías leer? ¿Que no había letrado de negocio, aviso de bus, cartas de comida que se te escapara? Leías con sed, entonces te regalé tu primer cuento de textos “largos”. Recuerdo que con tu pequeño índice metido entre las hojas ibas recorriendo los dibujos que ilustraban el cuento de la Polla Pochola, mientras a dos voces leíamos y tratábamos de imitar el habla de los personajes.

Con la cría de mariposas empezamos a incursionar en otros mundos, ¿lo recuerdas? No medias más de un metro cuando nos embarcamos en aquel cuento. La primera vez que viste salir una mariposa de su crisálida te quedaste absorto; la fascinación y la sorpresa no daban lugar a otro gesto en tu rostro blanco y bien definido, como decía tu mamá. Igual paso cuando viste las orugas devorando la planta de algodoncillo que cultivábamos en el jardín de la casa para su alimento y reproducción.

Poco a poco fui robando tu atención. Rápidamente pasaste del miedo que te generaban las orugas a la curiosidad de cómo podía convertirse esa larva de colores negro, blanco y amarillo, en una mariposa de alas color negro y naranja.

Primero aprendiste el ciclo básico: las orugas nacen de unos huevos que ponen las mariposas en la planta de la que se alimenta, después los gusanitos se convierten en crisálidas y después en mariposas.

Con el paso de los días y tu inquietud imparable fuimos aprendiendo a través de los libros que las hembras de la mariposa monarca ponen aproximadamente 400 huevitos, parecidos a unos muy pequeños balones de fútbol, en las hojas del árbol de algodoncillo, su comida favorita. Las viste desovar en el jardín y en las macetas que teníamos dispuestas para ellas.

Después aprendimos que el gusanito también era nombrado como larva u oruga, y que salían, e cuatro días después de que “mamá mariposa” los pusiera, de esos pequeños baloncitos que estaban dispuestos de manera simétrica en el envés de las hojas.

No podías ver un recipiente pequeño y transparente porque inmediatamente te lo apropiabas, pues te había enseñado que cuando las orugas estuviesen de dos semanas aproximadamente requerían, para la cría en casa y su siguiente paso hacia crisálida, de una vasija transparente que te permitiera ver su transformación.

A través de la pantalla transparente del recipiente vimos cómo, durante su último cambio de piel, la oruga se convertía en una crisálida color verde pistache; en una esmeralda opaca abrazada en uno de sus lados por un hilillo dorado como el oro. Después la pupa se tornaba transparente hasta que podíamos ver los colores negros y naranjas de las alas de la mariposa que estaba a punto de nacer después de un periodo de algo más de diez días.

Asistimos centenares de veces al rompimiento del capullo y a su posterior vuelo. Y otra vez empezaba la vida: huevos, oruga, capullo, la mariposa. Aunque su vida era corta para nosotros, 24 días aproximadamente en nuestro contaminado entorno, era todo un espectáculo de la vida lo que nos ofrecían estos efímeros insectos.

Aprendimos de la importancia de estos bichitos para la actividad polinizadora, por ejemplo, o de lo irreversible de la metamorfosis; o del proceso de la vida: nacer, crecer, reproducirse en ocasiones, y morir; aprendimos sobre la libertad. En fin, fue toda una escuela esta cría de mariposas.

No te había contado que en una de las paredes de mi casa hay una placa con tu firma que dice:

Jaimito:

Gracias por esos hermosos momentos que disfruté contigo.

Gracias por enseñarme tantas cosas bonitas, como el explorar y conocer de la naturaleza.

Gracias por mostrarme la vida color de rosa.

Gracias por haberme dejado volar y encontrarme con esas orugas que tú y yo cosechamos.

Eres mi héroe.

Nunca te olvidaré.

Andrés Felipe

Esa placa, que guardo como un tesoro, me la regalaron tus papás unos días después de que abandonaste este mundo para siempre.

Aprendiste a amar a los animales a tal punto que nada te importaba su procedencia o su apariencia, si era callejero o de pedigrí, te fascinaban igual, a ambos los tratabas con el mismo respeto y cariño. La asepsia inculcada por los adultos te tenía sin cuidado.

Después me enteré de que en México la llegada de la mariposa monarca — recuerda que vienen del norte de América— coincide con la celebración del día de los muertos, y es creencia popular de la región que son las almas de los familiares fallecidos que regresan a casa; aunque en nuestro país esa creencia no existe, sí parecía un asunto premonitorio.

El mundo está lleno de paradojas: mientras te enseñaba que las mariposas tienen una vida muy corta, efímera, nunca pensé que tu vida lo fuera a ser.

Lo único que recuerdo en relación con tu salud fue una lesión leve que padeciste en la articulación de tu codo, que nombraban de manera particular “codo de niñera”, como si las cuidanderas fueran las responsables de ello. Era un desplazamiento de la cabeza del radio, producida porque alguien de los que te cargábamos tiró de uno de tus brazos sin tener mucho cuidado. De resto, lo normal: gripes, estrellones contra el piso, etcétera.

A pesar de haber sido un niño sano, de haber llevado una vida sin dolores ni sacrificios, ni enfermedades ni padecimientos, de haber tenido una vida tranquila y digna, un día de febrero del año 2008 sentiste que algo oprimía tu pecho casi hasta reventarlo. Días antes todas las comidas, incluidas las que más te gustaban, pastas, frijoles, hamburguesas y butifarras, empezaron a olerte mal; “esa comida huele a paloma”, le decías a tu tía Gladis cada que te daba los alimentos. Luego apareció la fiebre. Como la temperatura de tu cuerpecito no cesaba, tu mamá acudía, después de visitar a algunos médicos que te recetaron Acetaminofén y Pen-Vi-K, a medios físicos para tratar de controlarla: te bañaba con agua fría, pero tu cuerpo no lo soportaba, y te dolía el contacto con ese elemento que amaste tanto. La temperatura subía y bajaba alternativamente como un yoyo.

La alarma hizo que tus papás acudieran a la clínica Soma, un edificio rectangular, rígido, resaltado con una pintura artística en uno de sus costados y ubicado en la zona céntrica de la ciudad, la noche del lunes 25 de febrero. Vinieron los análisis y las especulaciones de los médicos, y la valoración fue: fiebre alta cuantificada, asociada a dolor torácico esporádico y tos sin secreciones. Esa noche decidieron internarte. El día 26 cambió el dictamen: neumonía. La situación empezaba a preocuparnos más. Mientras el tiempo no se detenía para Andrés, para nosotros se hacía cada vez más lento. A pesar del manejo de tu excesiva temperatura con antibióticos, esta no cesa. Continúan los exámenes médicos para tratar de determinar qué diablos es lo que tienes: te buscan tuberculosis, y por primera vez se nos habla de adelantar evaluaciones oncológicas. Esa palabra nos horroriza. Como empiezas a tener problemas con tu respiración, te ponen una máscara de oxígeno, y recuerdo que nos causaba gracia que dijeras: “Quítenme esa máscara que eso es alérgico a mí”.

Poco a poco te van apareciendo otros dolores en tu abdomen, tu columna y tu pene; este último dolor, me dijo una amiga médica que lo llaman priapismo. Eres un guerrero, no emites ni un solo quejido. La comida del hospital te molesta, no te culpo, solo quieres Yogo Yogo, una bebida láctea que contenía unas figuras promocionales de pequeños guerreros. Tu historia clínica dice que te estas deteriorando, yo no lo veo.

Algunos de tus órganos están cambiando de tamaño: tu hígado y tu bazo están más grandes. La fiebre persiste. Te ordenan, de carácter urgente, aspirado y biopsia de médula. Un médico radiólogo dice que no se puede descartar un proceso linfoproliferativo. Indago en internet y me encuentro con que es una enfermedad que se presenta con muy poca frecuencia, alrededor de un caso por un millón de habitantes, por lo que está considerada una enfermedad rara. Tú no puedes ser ese uno. Eso les pasa a otros.

Seguimos sin un diagnóstico claro. Lo que sea que tengas sigue avanzando, y es justo esa indefinición lo que lleva a tus papás a tomar la decisión de trasladarte al Hospital Pablo Tobón Uribe, un establecimiento de alto nivel ubicado al noroccidente de la ciudad. Allí llegas en la mañana del martes 4 de marzo, después de pasar ocho días en la clínica Soma.

Recuerdo que en la zona de urgencias, donde fuiste recibido por un medicó gordo y parco, había un niño negro que lloraba desconsoladamente porque le estaban poniendo un medicamento a través de una jeringa. Tú reías sin parar por las muecas que hacía el niño, las mismas que veías a través de un espejo pegado al techo.

No pasaste mucho tiempo allí. Pronto fuiste trasladado a la Unidad de Cuidado Crítico Pediátrico, y de allí a la Unidad de Cuidados Intensivos Pediátricos, ambos

lugares ubicados en el piso sexto de aquella inmensa edificación, con diez camas para niños que, como tú, estaban en estado grave de salud. Al centro de aquellos cien metros cuadrados estaban dispuestos unos computadores conectados con cada una de las habitaciones para poder monitorear día y noche lo que pasaba con tus signos vitales y los de los demás niños que ocupaban ese lugar, gélido muy a pesar de los dibujos infantiles que adornaban sus blancas paredes.

La pequeña habitación que te asignaron, además de la cama, estaba llena de aparatos, cables y monitores, ah, y de una pequeña silla donde pasé muchas noches rumiando pensamientos mientras te acompañaba. Recuerdo que era un lugar ruidoso, activo y desconcertante. Luego asignaron para tu atención una enfermera y una auxiliar de enfermería. Mientras el cuerpo médico te concedía extraordinarios cuidados y los análisis científicos seguían avanzando, tu cuerpo, ya cansado, iba siendo invadido por montones de aparatos, mangueras y agujas. Quizá lo más traumático para ti y para nosotros en esos momentos fue la intubada, pues para respirar requerías de una ayuda mecánica. No sé si por fortuna para ti, te sedaron.

Durante tu tratamiento tuvimos que cumplir rigurosos horarios de visita; solo quienes nos íbamos turnando las noches para estar contigo teníamos la posibilidad de disfrutarte más, así fuera en aquellas circunstancias.

Las visitas eran casi un ritual: al lado derecho de la puerta habilitada como acceso, y después de pasar las manos por un líquido de un color sanguinolento, nos las enjuagábamos, una medida que implementaban para evitar infecciones, y acudíamos a tu cubículo, te observábamos largo rato, te decíamos algunas palabras que no sabíamos si escuchabas, y salíamos para que entrara la siguiente persona.

En las noches, un silencio casi solemne y ensordecedor era el dueño de aquellos largos pasillos del hospital; recuerdo que solo era interrumpido en algunas ocasiones por el caer de una moneda en la máquina proveedora de chucherías, o por el ruido de los zapatos de las enfermeras al rozar el piso. El silencio era el soberano absoluto en aquellas noches interminables. Recuerdo que mientras te acompañaba y mientras avanzaba el tiempo en contra de la esperanza, yo contaba una a una las gotas que caían de la bolsa de medicamentos y luego bajaban por una manguerita que a través de una aguja, a la que le tenías tanto miedo, se metían en tu torrente sanguíneo cargadas de la artillería que esperábamos te iban a ayudar a vencer aquello que aún no podíamos nombrar. Guardaba la esperanza de que aquella gota fuera el proyectil que debilitara al monstruo.

Los días que siguen son para ti de extrema gravedad, aunque seguimos sin diagnóstico; tu situación sigue empeorando; se habla de un derrame pleural y de “rápido empeoramiento”. Te ordenan nuevos exámenes, entre ellos una biopsia

de ganglios, pues han detectado una proliferación de estos en el cuello. Algo oprime tu cuello, se habla de sospecha de linfoma, pero no hay certeza.

Muchas personas, familiares y amigos, pedían a los dioses por tu recuperación. En los grupos de oración no cesan de pasar las cuentas del rosario por entre los dedos de sus líderes, algunas de ellas devueltas del más allá para que cumplieran con tareas milagrosas en este valle de lágrimas. Las letanías no se acallan ni en las casas ni en la pequeña capilla del hospital.

Algunos días, cuando los médicos hablaban de una pequeña mejoría, y no sé si resultado de los ruegos, todos los que estábamos contigo nos llenábamos de nuevo de esperanza, pero la realidad era tozuda y lo que llevabas dentro nos arrinconaba de nuevo ante la zozobra y la incertidumbre.

El jueves 6 de marzo te programan una cirugía de alto riesgo: biopsia de medula ósea bilateral más punción lumbar. Poco entendemos, pero sabemos que tu vida pende de un hilo. El procedimiento es todo un éxito, vuelve la esperanza. Fuimos aprendiendo de medicina de la misma manera como a veces hemos ido aprendiendo de geografía en este país: por la tragedia.

En ese lugar frío donde los monitores suenan como cigarras en un atardecer caluroso, y en medio de la rigidez de esa decena de aparatos que te mantienen con vida, resalta una cartulina azul en una de las paredes blancas de tu habitación, que te enviaron tus amigos del jardín y tus “profes” donde te declaran su amor y sus deseos de que te recuperes pronto para que vuelvas a estar con ellos: “Hola mi rey espero tenerte de nuevo jugando con nosotras. Te quiero muchote. Te amamos. Besos. Mucha suerte”; “Andrés Felipe te extrañamos mucho. Emmanuel”; “Andrés Fernando meza. Te amo, te extraño”; “Andrés Felipe, te extrañamos mucho de simón”; “Profe Berta: Andrés esperamos pronto tu regreso, siempre estamos pensando en ti. T.Q.M. mua”; “Profe pily: mi príncipe Dios quiere que tú seas feliz, te extrañamos y te queremos un montón. Ok”; “Profe angélica: pipe tu eres un ángel lleno de luz y amor. Dios te bendiga, tesoro”; “Andrés Felipe saludos y siempre serás mi amigo, te extrañamos mucho”. Juan David, tu mejor amigo, te escribe: “te extraño. Te quiero mucho. Quiero que estemos juntos para que sigamos jugando con los aguacates en el descanso. ¿Cuándo vas a venir? Y tú me escribes cuando. Isabela también te extraña y también te quiere mucho. Rezo mucho por ti todas las noches. Chao los vemos pronto”, y te dibuja a ti y a él montados sobre un dragón que expide fuego por su boca, como retando al mundo y a sus demonios. Como presagiando la lucha que estabas librando.

A pesar de los buenos deseos de muchos, tu enfermedad sigue avanzando. No se detiene. Cada vez se contempla con más determinación un proceso proliferativo. El departamento de patología no puede precisar con exactitud el resultado de la biopsia, se programa otra nuevamente. No hay diagnóstico concluyente aún.

Hablo con un amigo bioenergético, quien me dice que él no puede entrar a la unidad de cuidados intensivos pero que puede tratarte a través de tu mamá, como la hacen los chinos; tu mamá accede y acudió a algunas de las citas de Álvaro, quien estudió en ese país oriental. Todas las prácticas tienen algo en común: acompañarte y darte fuerzas, porque sabemos que tu lucha es solitaria...

Como sigues sedado, tu alimentación tiene que ser a través de una sonda. A propósito, me pregunto qué sentiste durante el tiempo que estuviste adormecido, ¿sentiste soledad? ¿Miedo? ¿Tristeza? ¿Desesperanza? ¿Tranquilidad? ¿Qué sensaciones atravesaron tu cuerpo y tu mente? También me pregunto qué sentiste cuando tu cuerpo fue siendo invadido por aparatos que fueron reemplazando tus órganos vitales: el hemofiltro que reemplazó tus riñones, o el ventilador que te ayudaba a respirar porque el monstruo oprimía tus pulmones.

¿Sabes Andrés?, hay escenas que la memoria decide guardar con más determinación que otras, y no tengo ni idea del porqué. ¿Recuerdas la noche cuando te leía el cuento del jardinero?, aquel que decía:

El jardinero camina para arriba y para abajo; caminar por el jardín parece ser su trabajo.

El jardinero se sienta en un banco de madera, y descansa él, la flor y también la regadera.

Una mariposa roja se posa, quieta, en el suelo, lo mira un rato en silencio y después levanta el vuelo. El jardinero se queda mirando pasar la nube; ésta baja, lo saluda, y después, otra vez, sube.

Entró una enfermera con su uniforme blanco impecable y me dijo:

—Háblele que él está despierto.

Te miré, y como en los últimos días, desde que habías entrado a esa unidad, tenías los ojos cerrados.

—Háblele—, me increpó ella de nuevo, y yo te dije: —Hola Andrés, cómo estás, soy Jaimito —por supuesto, tú no respondiste. Pero yo seguí hablando:

—Ya te compramos el perro que querías, es muy lindo, estamos esperando que estés bien para que le pongas el nombre que quieras y lo hagas tu compañero de exploraciones. Es un schnauzer así como lo querías.

Tú no emitiste ni una sola palabra, pero a cambio de tus ojos brotaron un par de lágrimas que me partieron el corazón. Esa imagen se insertó en mi memoria como una espina en la garganta.

La última biopsia te dejó hipertenso y con tu corazón a mil. Llevas trece días en este viacrucis y tu cuerpecito parece no resistir más, tus venas ya no soportan las agujas. Seguimos sin certeza de cuál es el mal que te aqueja, pero con pistas

preocupantes. Tu diagnóstico del día 10 de marzo no es para nada alentador: masa mediastinal. Me dice Pilar, mi amiga médica, que ese amasijo se formó con células que empezaron a crecer más de la cuenta, a reproducirse más de la cuenta, con células que perdieron sus características normales. Eso fue creciendo en tu pecho a tal punto que empezó a aprisionar tus pulmones y otros órganos. Por eso lo del ventilador mecánico. “La enfermedad le atacó el cuarto chacra, el del corazón”, me dijo una amiga nueva era; nunca le pregunté qué significaba. Yo digo que por razones inespecíficas un grupo de células se amotinó y rompió la unidad de tu cuerpo, tu armonía de niño feliz.

Cuando el 12 de marzo por fin descubrieron la identidad del monstruo que te estaba dominando, ya habían pasado 17 días con sus eternas noches. Linfoma Anaplásico Mediastinal Estadio III, Linfoma no Hodgkin, en otras palabras: cáncer. Ese fue el diagnóstico definitivo del equipo multidisciplinario del hospital. Eras el uno entre ese millón de personas. Ahora solo quedaba que hicieras parte, según las estadísticas, de ese 80 por ciento que sobreviven a la enfermedad.

Me sentí injusto contigo, quise ocupar tu lugar. No era equitativo, apenas empezaba tu vida. Suponía que las batallas con la señora de la guadaña se libraban en el ocaso de la vida, así uno en este país se encuentre con ella en cada esquina. Tenías seis años y tres meses. “¿Cómo va a resistir ese cuerpo tan pequeño y tan frágil, ese monstruo que lleva adentro?”, decía mi mamá.

Esa noche, la del dictamen definitivo, me quedé contigo. Miraba el lento avance del tiempo en un reloj de pila, cuadrado, que estaba instalado al lado de todos los aparatos que invadían ese pequeño espacio. Mi cabeza es un revoltijo de imágenes y palabras; de pensamientos confusos, aterradores, esperanzados: ¿y si sales de esta, Andrés?, ¿y si mueres?, ¿cómo quedarás después de la quimio?, ¿calvo como yo? Tendremos que cuidarte mucho. Las imágenes tampoco se hacían esperar; mientras me abrazaba la somnolencia por el cansancio, aparecían imágenes de recuerdos, de cosas vividas: tú aprendiendo a caminar; arrastrando un gran un carro de juguete; montado en la moto que tanto te gustaba; con tu pijama de hombre araña, tu superhéroe favorito; tú disfrazado de príncipe. Y pensaba cómo era posible que tanta ternura y tanto amor estuvieran en riesgo de desaparecer.

Los médicos no te ordenan quimioterapia, porque ese coctel de medicamentos podría poner más en riesgo tu vida, dado tu delicado estado. Trabajan por estabilizarte para poder suministrarte la artillería que requieres en esa lucha solitaria a la que nosotros solo estábamos invitados como espectadores. El 13 de marzo tienes una falla multiorgánica: tu corazón, tus riñones, tu bazo y tu hígado están cansados de luchar contra ese monstruo de diez mil cabezas, contra esa Hidra venenosa de Lerna.

Toda la familia y amigos estamos a tu alrededor, hemos cerrado filas en torno a ti. Manifestaciones de solidaridad abrazan nuestras vidas en ese momento tan devastador. Recuerdo que en la sala de espera indagábamos a otras madres si sus hijos habían logrado vencer al aberrante bicho sin rostro. Quizá buscábamos en la tragedia de otros una luz de esperanza para nosotros.

El día 14 de marzo, décimo día en la Unidad de Cuidados Intensivos, deciden iniciar la quimioterapia gracias a que “continúa con balance muy positivo”. Te han programado cinco descargas, hay que acabar con el motín de células que se han salido de madre, hay que impedir que se sigan reproduciendo; pero se han hecho resistentes, han crecido como la maleza.

Leyendo tu historia clínica, descubro que el bebistrajó químico que te han prescrito carece de un medicamento que es necesario para combatir esa masa que no para de crecer en medio de tu tórax: Metotrexato o MTX. Esa sustancia tiene una contraindicación para las personas que tienen derrame pleural, y tú lo tienes. Esa masa amorfa, que crece dentro de ti, ha presionado tanto tus pulmones que ha hecho salir de ellos un líquido, y te ha producido inflamación. Lo tuyo fue una carrera contra el tiempo.

El linfoma, como la Hidra, parecía poseer la virtud de regenerarse, pues se seguía multiplicando sin parar a pesar de tu esfuerzo por combatirla, de la determinación de los galenos por destruirla y de nuestros ruegos porque permanecieras con nosotros. Ni el dragón que te envió Juan David, pintado en una hoja de cuaderno, cabalgado por él y por ti y dispuesto a combatirlo, lograban detenerlo.

Otra vez estás inestable, y contemplan suspender la segunda dosis de quimioterapia, pero ya se trata del todo o nada. Tu vida está en un filo. El martes 18 de marzo en la tarde te aplican la última dosis. Sigues sedado, ¿acaso por fortuna para ti? El día 20 pasa algo extraño: el hemofiltro con el que reemplazaban tus riñones fue cambiado por uno para adultos. No indagamos por qué. Ese mismo día, Jueves Santo en la noche, mientras tus papás estaban en la procesión del prendimiento, esa en la que un centenar de hombres camina en fila india, en absoluto silencio y con una vela encendida en sus manos, yo estaba contigo en el apretado cubículo. Justo cuando el reloj marcaba las 9:15 minutos y después de un agitado movimiento de enfermeras y médicos generado por el sonido de los aparatos, me hicieron salir de manera atropellada del cuarto.

Desde la sala de espera y a través de la puerta de vidrio que da al largo pasillo que conduce a la Ucip veo pasar, a veces a pasos agigantados y desesperados, a veces en calma, los cuerpos cubiertos de batas blancas del personal médico. Estoy aturdido. A las 9:30, a la puerta que da acceso a la Unidad sale una mujer joven y obesa a quien reconozco como la enfermera de turno, y le pregunto:

—¿Qué pasó?

—Le entró aire al hemofiltro —me responde ella, e inmediatamente me pregunta:

—¿Usted es el acompañante de Andrés?

—Sí.

—¿Y usted qué es con él?

Vacilé, porque consideraba a Andrés como mi hijo, y por un momento casi le digo: su padre, pero inmediatamente caí en la cuenta y le dije:

—Su tío.

—Pues es muy importante que llame a sus padres, es urgente.

—¿Pero qué significa esa urgencia? —la increpé.

—Que lo tuvimos que reanimar, se nos estaba yendo —me respondió con voz seca.

Llamé a tu mamá y le dije:

—Diana, es muy importante que se vengán ya para el hospital.

—¿Le pasó algo a mi niño? —dijo ella.

—No —le respondí—, pero es muy importante que estén aquí —obvié la palabra urgente que me había dicho la enfermera.

Tus papás se consumieron en unos pocos minutos los veinte kilómetros que los separaban del hospital. Hablaron con los médicos y la angustia se apoderó de todos. Habías “hecho paro” y tardaron cuatro minutos para traerte de nuevo a este mundo. El enemigo iba ganando cada vez más terreno.

A las 4:20 del Viernes Santo hacen entrar a tus papás nuevamente, de urgencia. Después de mirar “la nada” al fondo del pasillo, vi que tus papás salían abrazados, con sus cabezas gachas. Sin consultarle al vigilante ni esperar su autorización recorrí los diez metros que me separaban de ellos y nos fundimos en un abrazo, mientras tu mamá no paraba de decir: “Mi niño de oro, se murió mi niño de oro”, y por el rostro de tu papá corrían lágrimas de dolor. Tu corazón se paró, se cansó de dar más batallas. Tu cuerpo se fue apagando lentamente hasta quedarse quieto para siempre. Tu vida segada a destiempo.

Estamos en shock, estupefactos. Te has ido para siempre. Te quedaste niño por siempre. Mis pensamientos son confusos. Las imágenes como cascada me avasallan. Las ideas se cruzan, se sobreponen y forman una amalgama, una mermelada indescriptible. Es un estado pasmoso. La tristeza, la rabia, el desasosiego se empieza a apoderar de mí.

Sentí miedo de entrar a la habitación donde habías pasado los últimos 18 días de tu vida y encontrar allí tu pequeño cuerpo rígido y gélido, y ver en tu bello y dulce rostro la mueca de la muerte. Nunca vi tu deterioro, lo famélico que estabas a pesar de la aparente obiedad de la que hablaban todos. No quise mirarte padecer, solo te quise mirar como siempre lo hice: como un cúmulo de vida y de sorpresas. Ese sería quizá un buen plato para un psicoanalista, ¿no crees, Andrés?

Al rato, sin tener conciencia de lo que estaba diciendo, sin asimilar aún esa palabra absoluta e irreversible, sin digerir que todo había terminado para ti, que nadie, absolutamente nadie, podría cambiar esa situación, llamé a tu tía Gladis: “Andrés murió”, le dije con voz entrecortada.

Después vinieron las preguntas: ¿por qué Andrés y no otro? ¿Por qué no yo? ¿Por qué no un asesino? ¿Qué pasó, si apenas empezaba su historia en este planeta? ¿Y si no le hubiera entrado aire al hemofiltro?

Recuerdo que mientras leía tu historia clínica, un pensamiento absurdo no dejaba de acecharme: mientras no terminara de leerla tú seguirías vivo. Mientras la leía pude ver tu padecimiento y el deterioro que nunca quise ver mientras estábamos en el hospital.

A las pocas horas de tu muerte, y mientras se prepara tu funeral, te extraño tanto que me duelen las entrañas. Los pensamientos confusos van desapareciendo y en su lugar aparecen palabras absolutas: siempre, jamás, nunca, nada, nadie, todo. Ya nunca más podremos disfrutar de tus ocurrencias de niño, de tu sonrisa, de tus preguntas, de ti.

Todo parecía irreal, pero nos estaba sucediendo. Aquello que pensábamos les sucedería a otros, tocaba nuestras propias entrañas. Paul Auster, el escritor y director de cine norteamericano, tenía razón: “piensas que nunca te va a pasar, imposible que te suceda a ti, que eres la única persona del mundo a quien jamás ocurrirán esas cosas, y entonces, una por una, empiezan a pasarte todas, igual que le suceden a cualquier otro”. Casi siempre olvidamos la fragilidad de la vida al punto que quienes se mueren son los otros, los vecinos, los de al lado.

La mayoría de nuestros familiares ve tu muerte como un tránsito hacia otra cosa, hacia la vida eterna, hacia otro mundo, hacia otra dimensión; yo por mi parte me debato entre algunas de esas posibilidades y el hecho de que más allá de la muerte no hay nada, no vamos a ningún lado. Todo ha terminado.

Como buscando consolarnos después de tu muerte, familiares y amigos envían mensajes, que aunque un poco gastados, no dejan de tener una carga de solidaridad significativa para nosotros: “Andrés está en el cielo y es un angelito”; “pasó a mejor vida, ya hace parte de la corte de celestial”; “siempre estará entre ustedes”. Pero lo definitivo, lo que puedo afirmar desde mi racionalidad es que

ya no estarás más con nosotros. Que tu sonrisa, tus gestos, tu mirada, tus palabras se apagaron para siempre. Que no volveremos a escucharte cantando esa canción que te fascinaba:

... Ay, qué bonita es esta vida
aunque a veces duela tanto
y a pesar de los pesares
siempre hay alguien que nos quiere,
siempre hay alguien que nos cuida.
Ay ay ay ay, que bonita es esta vida
y aunque no sea para siempre
si la vivo con mi gente
es bonita hasta la muerte con canciones y tequila.

Tu funeral fue sobrio y sin aspavientos. No hay melodramas. Solo las lágrimas recorren nuestros rostros en medio de un silencio que parece concertado. Fue un momento desgarrador.

Después del rito religioso, celebrado en la pequeña capilla de Jardines Montesacro, nos dirigimos en procesión al horno crematorio. Después de la cremación tu cuerpo se esfumó para siempre. No quedó nada de tus manos con las que criamos mariposas; nada de tus pies con los que caminamos por montes y praderas; nada de tus ojos con los que contemplamos atardeceres; nada de ti, nada.

Has dejado de ser Andrés, nos queda solo lo que nuestros recuerdos logren salvar de la bruma del olvido. De tus 25 kilos de peso y tus 1,21 centímetros de estatura solo queda un pequeño montículo de cenizas que nos entregan al día siguiente en una bolsa exigua dentro de una pequeña caja negra.

Tus papás deciden depositar tus cenizas en el osario donde está tu bisabuelo en la iglesia del pueblo, donde apagábamos las velas de los feligreses, recuerdas. No sé por qué razón no deciden echarlas al viento, o al agua del mar o de los ríos o a las montañas, como se estila por estos tiempos. Quizá para tener la certeza, cómo dice Piedad Bonnet, “de tener la memoria aferrada a la piedra en forma de un nombre y unas fechas”.

Trato de recordar un sueño surreal, que tuve a los pocos días de tu partida, con el que sé que me estoy despidiendo de ti para siempre: llegas a mí encuentro en un campo abierto, vestido con una túnica blanca. Nos tomamos de la mano y ascendemos hacia las nubes, hacemos figuras en el aire. Después yo vuelvo a estar en el prado y tú estás convertido en mariposa. Sales volando y tu imagen se va diluyendo en la distancia.

Solo me resta decirte mi muy querido niño: gracias, muchas gracias y siempre un abrazo QUIEBRA HUESOS.

UN DÍA CUALQUIERA

Laura Paulina Vélez Vega

Comunicadora social–periodista de la Universidad EAFIT.

El palo de la trapeadora se dobla formando un ángulo de 45 grados. La fuerza que le imprime abre la hilaza y el piso queda limpio y brillante. La escena se repite con la ropa; antes incluso de echarla a la lavadora, ella debe estregarla con una fuerza que le sacude las gafas, la hace resoplar y deja la prenda impecable antes de ser oficialmente lavada.

Pero la obsesión con la limpieza no es su único capricho. A ella no le gusta que le recuerden sus deberes; hace el chocolate con una pizca de sal, lava solo con jabón líquido, y el jabón en polvo tiene que ser azul, la ropa blanca la deja remojando en el sol para descurtirla, no le gusta el jabón marca Axión para lavar los platos, la trapeadora debe ser de palo grueso y con la “peluca” frondosa.

Entra temprano en la mañana, saluda y se encierra en el baño. Allí se demora quince minutos y sale lista: chicles oscuros, sandalias a ras del piso, camiseta generalmente amplia y cabello recogido. Nada que ver con la mujer que entra con ropa ajustada y de colores vivos, sandalias tres puntadas o botas hasta las rodillas, y perfumada de pies a cabeza.

A esa hora ya el chocolate está listo, solo debe ver con qué puede acompañarlo. En su caso de seguro no será huevo; no puede comerlo desde hace tres años, porque de tanto hacerlo le cogió pereza.

Desayuna en la barra auxiliar de la cocina, nunca en el comedor por más que le hayan insistido, y luego se dispone a lavar los platos de ella y los del resto de la familia.

Es rápida, diligente, y acepta con agrado las instrucciones que le hacen para que prepare el almuerzo:

—Elvia, ahí adentro está el pescado, hay mucha verdura, entonces hagamos eso en sopa, una ensalada sencilla, arroz y de pronto unas yuquitas fritas.

—Ah, listo pues—contesta, y su voz lleva un ritmo reconocido y admirado por todos: tiene sabor chocoano.

No pierde un minuto. Lava los platos, comienza a preparar el almuerzo, y mientras este se va haciendo a fuego lento, ella se desplaza rápidamente por toda la casa

para sacudir y barrer. La trapeada la deja para el final, le gusta que la casa quede oliendo a lavanda antes de salir.

Nóvita, Chocó, 1974

Una niña de siete años se defiende ferozmente de las burlas y comentarios de sus compañeros de colegio. La llaman “gato en vitrina” y “cuero de sapo”, no juegan con ella porque tiene una enfermedad en su piel y es casi ciega. Ana Elvia estaba en segundo de primaria y no resistió el exilio de los niños de su misma edad. Decidió que no volvería a estudiar. Estaba cansada, se sentía triste y discriminada.

—Cuando yo era niña era como leprosa... sí, leprosa, tenía llagas, manchas en todo el cuerpo, ¡horrible! Yo no quise volver y le dije a mi mamá que no y que no porque como me molestaban tanto yo diario me mantenía peleando, entonces ya no volví a estudiar. Ya me puse a trabajar desde los once años en la mina, en lo que me tocara; la mina o rozar colino —me explica que es limpiar las matas de las fincas con un machete—; aquí es con “guaraña”, allá es con machete. En la mina salía a cortar la leña y a buscar el pescado. Yo me dediqué fue a trabajar y trabajar, y a los 19 años cogí marido.

Su tono siempre es nostálgico o doloroso. En su voz se percibe una infancia triste, casi inexistente.

De la piel se curó a los doce años, cuando su tía paterna Yolima Córdoba decidió traerla a Medellín y empezaron a hacerle un tratamiento en el Hospital San Vicente de Paúl; le raspaban la piel con cremas y pomadas hasta que lograron sanarla. Hoy el rastro de “la lepra”, como ella la llama, solo queda en su recuerdo.

Cuando habla de su papá, la tristeza la invade. Ana piensa que tal vez si él no hubiera fallecido las cosas habrían sido diferentes. Él era negociante en el corregimiento de Jigualito, que es cercano a Condoto en el Chocó, y en donde vivían por esa época. No le iba mal; vendía algunos cerdos y tenía ganadería. Hay dos versiones de su muerte: un paro cardíaco y un envenenamiento por envidia. Nadie conoce lo que pasó en realidad. Ana tenía once años. A partir de ese momento su familia entró en una crisis económica y ella comenzó a trabajar.

—Hasta el último día que murió le decía a mi mamá que le cuidara a sus hijos, hasta el último día... es que yo me acuerdo cómo le decía yo a Gladys el otro día —una de sus hermanas—, de todas maneras, esas son cosas que pasan en la vida, ¿cierto? Pero si mi papá no hubiera muerto de pronto nosotros no hubiéramos llevado una vida de estas.

La mujer detrás del trabajo

El que fue su novio a los quince años, José del Carmen Ibargüen, con quien recientemente tuvo un reencuentro amoroso, y yo, somos los únicos que la llamamos por su primer nombre.

Ana Elvia Mosquera nació en Condoto, Chocó, el 19 de junio de 1967, o al menos eso dice en su cédula y demás papeles; su real fecha de nacimiento afirma, fue exactamente un mes después. Es hija de Salvador Córdoba y Pascuala Mosquera, y la segunda de diez hijos: Marta, Ana Elvia, Gladys, Alberto, Emilio, Olga, Emerson, Elkin, Patricia y Heiner. Todos aparecen registrados con el apellido de su mamá.

De niña les decía a sus amigas que cuando grande iba a tener plata para comprarse un carro. Cuenta la anécdota entre risas y afirma que eran bobadas de niña. Hoy ya no piensa en carros ni lujos, vive el día a día y trata de salir adelante.

A los doce años la mandaron para Condoto a trabajar en una casa de familia, pero luego de un año la señora empezó a maltratarla y ella se voló. Eran las cinco de la mañana y tuvo que atravesar una montaña sola para llegar a su casa. La señora se despertó y no la encontró. De ahí la mandaron para Andagoya, una población en el municipio de Medio San Juan, en el noroeste de Chocó, en donde estuvo más a gusto y trabajó haciendo labores domésticas durante cuatro años. Tenía que lavar las cosas en el río, a sol y agua con poncheras, y recuerda especialmente unas cobijas de lana, enormes y pesadas, que debía escurrir y llevar al hombro. No cabe duda de que por ese entonces tuvo que inventarse la fuerza descomunal que hoy posee.

Llegó a Medellín en agosto de 1997 para buscar oportunidades laborales. Venía huyendo de un pasado doloroso luego de haber terminado la relación con quien fue su compañero de vida durante 12 años.

—Yo me quedé un año en el Chocó y dije: “No soy capaz, no soy capaz de sacar estos muchachos adelante”, porque el trabajo era demasiado duro; vea, yo me levantaba, había días, cuando entraron las máquinas allá, esas retro en esas minas, me tocaba levantarme a la una de la mañana, así cocinaba, le dejaba a los pelaos y empacaba la coca, por ahí a las 3:00 de la mañana subía una lancha, me montaba ahí y me iba. Todo el día sentada en un cascote, esperando pues que nos dieran una horita pa bajar a rebuscarnos el granito de oro, y había días que nos daban y bajábamos, y eso el uno tiraba al uno, el otro al otro, y yo cuidando mis gafas, pues de pronto pues si me metía así, me tiraban las gafas y perdía más, entonces había días que no hacía nada. Llegaba a la casa, vea... al otro día lo mismo.

En ese mismo año en que llegó a Medellín consiguió trabajo como empleada doméstica de la familia Vélez Otálvaro, con quienes convivió durante 18 años y

medio. Sus antiguas patronas, Yolanda y María Victoria Vélez, la definen como una mujer verraca, luchadora, trabajadora, organizada y metódica con su dinero, inteligente a pesar de no haber estudiado, buena madre, una mujer entregada, que cumple sus metas cuando se las propone. Yolanda afirma que entre sus sueños estaba jubilarse, que sus hijos estudiaran, tener una casa bonita y envejecer junto a alguien.

El defecto que ambas ven en ella es el mismo: es una persona rencorosa. No supera con facilidad los conflictos; muestra de ello es la ruptura familiar que hay en este momento porque ella se ofendió con su mamá y algunas de sus hermanas, y decidió no volverles a hablar. Pasa algo similar con sus hijas, con quienes siempre ha tenido una relación dura. Al menos yo le atribuyo eso a su inseguridad, al miedo que le da ser lastimada: atacar es la forma de defenderse ante el mundo que tanto la ha aporreado.

1,64 de estatura, cabello corto —no usa trenzas como la mayoría de chocoanas; ella se alisa su poco pelo y lo lleva siempre cogido—, gafas culo de botella, sandalias a ras del piso, ropa generalmente ajustada y de colores vivos. Piel azabache brillante que exhibe con orgullo, porque asegura que Dios dejó personas en la tierra de todas las razas. Sabe que la miran pero nunca se ha sentido discriminada por su color de piel.

47 años de edad que, aunque se esconden bien, uno logra ver cuando ella suelta suspiros de melancolía. Lleva mucho tiempo trabajando y ahora se sueña siendo su propia jefa, le gustaría tener un carrito de comida rápida o algún negocio de su propiedad.

Pasar bueno

A los 19 años Ana conoció a su primera pareja, Alirio Bran Rivas, en una rumba. Se gustaron de inmediato y siguieron saliendo hasta que se fueron a vivir juntos. Los primeros ocho años todo marchó muy bien; él era un hombre trabajador y ambos se entendían perfectamente. Vivían en Agua Clara, una región del Chocó que es conocida por la quebrada que lleva el mismo nombre. Su esposo se volvió alcohólico. En un principio no se notaba tanto, pero después comenzó a robarle a ella para ir a comprar trago. Empezaron a tener peleas que cada vez se hicieron más agresivas; él la cuestionaba sobre con quién había estado, la tumbaba de la cama y la maltrataba físicamente a ella y a sus hijos. Un día Ana no aguantó más.

—Llegó un día que peleamos muy fuerte, vea, por aquí me dejó la cicatriz —se señala la frente—, por aquí tengo como un machetacito, con un machete... yo cogí un palo, una tapa así de leña grande y él me tiró, entonces yo le tiré y él me mandó el machetacito, me mandó pues con el machete y yo no alcancé a salirme, me dio aquí —se toca nuevamente la frente, a mí la sangre me tapaba el ojo y toda

la cara y yo era así pues pero con una furia y ya él salió corriendo, él fue el que corrió, y ya desde allí... esa fue la última vez. Ya se fue y nunca más, pero hum, casi nos matamos.

Con Alirio Bran Rivas, de quien no sabe nada hace 19 años, Ana tuvo a sus primeros seis hijos: Yensy, César, Juan Manuel, Nancy, Eida y Yudy. Todos, al igual que ella y sus hermanos, llevan el apellido materno. Nunca planificó, pues su esposo aseguraba que si lo hacía era para serle infiel. Hoy, aunque ha hecho hasta lo imposible por sacar a sus hijos adelante, esa decisión le pesa.

Creyó haber encontrado el amor de su vida una vez más cuando conoció a Juan Vivero, el padre de su última hija, Luisa Vivero. Sin embargo el idilio duró poco, y aunque el final no fue tan dramático como el de su relación anterior, ella de nuevo se quedó sola sacando a sus hijos adelante.

José del Carmen Iburgüen, a quien afirma haber querido más que a ella misma, fue su más reciente decepción amorosa. Fueron novios adolescentes, cuando ambos tenían quince años. Él siguió su vida en Cali y ella en Medellín, y aunque hace poco hubo una esperanza de reencontrarse, la distancia los obligó a separarse, y Ana de nuevo se quedó con la ilusión de escapar de la soledad.

— Lo quise más que a mí misma, el amor es como enfermizo, uno cuando quiere a una persona es como loco, en mi vida había querido a alguien así.

Su mirada se llena de una esperanza inusual cuando habla del tema. Para ella el amor es eso: pasar bueno. Es la manera de ponerle fin a la soledad que tanto la agobia, lo que le da fuerzas y la llena de ánimo para continuar. Por eso siempre está entre sus planes; conserva la esperanza de encontrar a ese alguien que envejezca junto a ella y con quien pueda charlar y compartir.

“La rumba sin baile no es rumba”

Un trío de chocoanas se toma el barrio Mirador de Calasanz y bailan hasta que les duelen los pies. “La rumba sin baile no es rumba”, me responde una de ellas cuando le pregunto si le gusta bailar. Cada fin de semana se reúnen a tomar cerveza, aguardiente o balsámica, una bebida chocona que proviene de la fermentación de hierbas.

Dos de ellas se conocieron en el Chocó estando muy jóvenes y se reencontraron en Medellín para convertirse en amigas inseparables.

—En el Chocó tenía ella como catorce años, ella tiene un tío que es esposo de una tía mía, hermanita de mi mamá, entonces ella se fue a pasar donde el tío y ahí nos entrevistamos. Desde ese día que ella fue nos fuimos a rumbear de amanecida —relata Ana cuando le pregunto cómo conoció a Petronila Flórez, su

compinche de cada fin de semana, la que está en las buenas y en las malas, y a quien considera su familia.

Petronila Flórez Mosquera nació en Condoto, Chocó, y tiene 43 años. Es alta y fornida, de ojos amables y sonrisa amplia. Siempre está de buen humor, quizás por eso es el complemento perfecto de Ana, cuyo genio es un poco más difícil. Estudió hasta sexto grado y llegó a Medellín en busca de mejores oportunidades de trabajo. Se radicó en el barrio Vallejuelos, en el noroccidente de Medellín, donde en esa época vivía también Ana Elvia. En el año 2000 hubo un incendio que arrasó con 374 ranchos del barrio y todos los habitantes del sector debieron ser reubicados en el barrio Mirador de Calasanz. En el incendio, Petronila lo perdió todo.

Ellas pasean juntas, conocieron hace poco Guatapé, y les encantó. Se reúnen a recordar el pasado, a rumbear, a tomar, a reírse, a hablar de sus hijos. Nila, como le dicen de cariño sus amigas, define a Ana como una persona de bien, una buena madre, buena amiga, trabajadora, divertida.

Cuando van al Chocó se bañan en unos charcos hermosos, cristalinos. Aprovechan y rumbean, van de pueblo en pueblo y es toda una aventura. Nila, al igual que su entrañable amiga, sueña con ganarse la vida de otra forma, teniendo su propio negocio: un puesto de comidas, un restaurante o un granero.

Felipa Murillo llega a completar este trío en el que abundan las risas, el baile y las conversaciones. Es una chocona bajita y nalgona cuya edad es un misterio porque a ella no le gusta revelarla. Juntas se hacen la vida más amena y la lucha del día a día se vuelve menos pesada.

18 años de Buenos Aires

Yolanda Vélez Otálvaro tiene cabello corto algo teñido por las canas, es de contextura delgada, mide 1,70, usa gafas permanentemente, tiene pecas en sus hombros y pecho, y es trigueña. Tiene la boca delgada y amplia, los ojos pequeños y la nariz recta. Es obsesiva con la limpieza, necia para comer, le gusta hacer deporte, es atenta cuando la gente va a su casa, y esconde su fragilidad detrás de un carácter fuerte. De sus 55 años, 18 fue jefe de Ana Elvia Mosquera. Hoy, aunque la despedida fue algo amarga, la recuerda con cariño y gratitud.

—Siempre tratamos de que las personas que trabajan en la casa no sean consideradas como empleadas sino como parte de la familia. Yo estaré eternamente agradecida por lo bien que se manejó con mi mamá en los últimos días —su voz se quiebra con fuerza—, como me ayudaba, me la ayudaba a pasar, a cargar. Yo sé que yo soy muy odiosa, pero yo también quiero, y me apego a la gente... no parece pues porque yo soy más jodida —se ríe—, no me gusta que la gente se dé cuenta que yo aprecio... no me gusta que me lastimen.

Ana llegó a la familia Vélez Otálvaro por recomendación de su amiga chocona Laura Moreno Romaña. Laura estaba en embarazo y ella iba a reemplazarla durante la licencia, pero se quedó definitivamente. La casa estaba ubicada en el barrio Buenos Aires de Medellín. Cuando comenzó a trabajar allí la mayoría de sus hijos estaban pequeños; ella no tenía un horario definido y llegaba a la hora que podía. Sus patronos en ese momento, Darío Vélez y Fabiola Otálvaro, los papás de María Victoria y Yolanda, comprendieron la situación.

En el año de 1998 Juan Manuel, el segundo hijo de Ana es diagnosticado con leucemia. Su muerte fue un golpe devastador que aún hoy le duele y del que prefiere no hablar. Enflaqueció varios kilos, comía mal, no dormía, iba de allá para acá con él, lo acompañaba en la clínica en jornadas extenuantes.

Fabiola le propuso entonces que le hicieran la primera comunión. Un vecino de ella de toda la vida, el padre Domínguez, fue el encargado de hacer la ceremonia religiosa en la iglesia de Buenos Aires. Le hicieron un almuerzo, le llevaron torta e invitaron al resto de sus hermanitos. Yolanda recuerda con cariño que eran todos hermosos, y afirma que Ana mantenía a los niños “como unos bizcochuelos”.

En Buenos Aires eran 226 metros cuadrados que ella diariamente debía barrer, trapear y sacudir. Adicionalmente debía lavar la ropa, planchar, lavar platos y hacer arepas. Cocinaba solo cuando Fabiola le permitía reemplazarla por alguna eventualidad. Durante su tiempo con la familia le celebraban las fechas especiales: día de madres, Navidad, cumpleaños, viajaban y le traían regalos. Realmente hicieron todo lo posible por hacerla sentir como en casa.

María Victoria le ayudaba mucho económicamente; esto hizo que Ana la viera como la máxima autoridad en la casa, aun cuando ella no estaba muy enterada de los quehaceres domésticos. Yolanda cree que Ana veía en María Victoria a alguien protector, y no se aleja de la realidad; ella afirma que no cree conocer a alguien con su mismo corazón, y para demostrarlo le regaló unas aretas de oro. Fue el único regalo que hizo durante 18 años y medio con la familia.

Sin embargo, esa preferencia por una de sus patronas hizo que la relación entre Ana y Yolanda se deteriorara; Ana no acataba las órdenes de Yolanda con facilidad, y las discusiones se hicieron más frecuentes. Ambas mujeres son de carácter fuerte, y esto hizo que la tensión creciera. Poco antes de renunciar al trabajo, Ana le ayudó a la familia a pasarse de casa para una aun más grande, ubicada en el barrio Laureles. Mantener ordenados 300 metros cuadrados no es tarea fácil, mucho menos para quien trabaja desde los once años de edad.

—Ya ahora me siento como cansada, cansada, cansada, cansada, la casa es como muy grande, pero como digo yo, donde vaya voy a trabajar también, donde vaya me va a tocar duro, entonces, ¿qué hago ahí? Aguantar hasta que Dios quiera.

Dios quiso que ella aguantara hasta el 23 de abril, cuando luego de una pelea muy fuerte, porque ella se iba a ir antes del horario usual, renunció a su trabajo para nunca más volver. En la pelea se sintió ofendida. Tiene en la memoria la frase que según ella Yolanda le dijo cuando decidió renunciar: “Nosotros le pagamos el mínimo para que usted abuse”. Le duele hasta hoy. No ve el abuso en ninguna parte, siente que trabajaba como una mula.

Yolanda cuenta también su versión del altercado:

—A mí sí me pareció muy triste, a mí me dolió mucho porque yo soy una mujer de un temperamento muy fuerte, yo reconozco que soy muy impulsiva, cuando tengo rabia yo me exploto y ¡pum! —las onomatopeyas son frecuentes en su forma de hablar—, mando a comer mierda al que sea, pero ese día no, ese día estaba hasta en paz conmigo misma. Es como si uno tuviera una hermana con la que pelea y uno dice cualquier cosa, entonces reaccionar de esa forma, yo me quedé como asustada, yo le decía: “Elvia, es que mire que yo no la estoy tratando mal, mire lo que le estoy diciendo”. Me sentí como que me estaban violentando.

Por lo menos, las dos coinciden en que los ciclos se cumplen y es normal querer un cambio. Ambas dicen también no tener resentimientos y estar agradecidas, aunque en el último encuentro Ana no respondió a un saludo de la que fue su patrona.

Ser mamá

Gallos de pelea, perros, gallinas, pollitos, ropa que dejan secando en cada ventana y cada baranda del edificio, música tropical, gente por todos lados, niños jugando, vendedores ambulantes. Todo hace parte del panorama del barrio Mirador de Calasanz. De allí, como su nombre lo indica, puede admirarse la ciudad, y se respira un aire más puro, más cerca del cielo. Ana describe la vida en el barrio como tranquila, dice que los que tienen problemas se advierten entre ellos dos o tres veces, y al tercer llamado de atención “se dan de baja”. Pero dice también que quien no se mete con nadie no tiene problemas, y que ella no los ha tenido hasta ahora. Como en todos los barrios, se ven problemas de chismes, líos de faldas, vecinas que se pasan el día en la casa de sus amigas. Nada fuera de lo común.

En uno de los bloques, en el quinto piso, viven Ana, sus hijos César y Yudy y tres nietos: Camila y Marlon, hijos de Yudy, y Kevin, hijo de Nancy, que vive en el barrio Moravia, en el nororiente de Medellín. Aunque ahora la relación entre ellas está mejor, para Elvia ha sido muy difícil aceptar la situación de su hija; siempre se le amargan la mirada y la voz cuando habla de ella.

Ana mantiene su casa limpia y ordenada. En ella hay dos habitaciones, un baño, una cocina de buen tamaño y una sala comedor que está decorada con cuadros,

fotos de sus hijos y nietos, y una postal que le dieron hace algunos años por el día de la madre.

Según Yudy Amparo Mosquera, es fácil convivir con su mamá. A ella la define como una mujer luchadora, aunque sus respuestas son muy cortantes. Le pido que me cuente qué le gusta hacer en sus ratos libres, que me hable de la vida en el barrio, de sus amigos, de lo que quiera. Sus respuestas siguen siendo monosílabos, y aunque Ana intenta empujarla, la entrevista se hace muy extenuante. A menudo debo inducir sus respuestas para obtener siquiera alguna. Ella es como muchos de los jóvenes que viven en sus mismas condiciones: tiene pereza. Pereza de pensar, de ser alguien más, de aprender, de vivir. La pereza se los come, y entonces prefieren fingir que no saben nada, que no recuerdan nada.

A Ana le pesa que sus hijos no hayan estudiado. Se nota el pesar en su voz, les recrimina porque “a todo el mundo no se le presenta esa oportunidad”. Ella misma se arrepiente de haberse dejado acomplejar y no haber terminado sus estudios. Le gustaría leer y escribir con más facilidad, y le dice a Kevin, su nieto, que estudie para “trabajar relajado por ahí, trabajar con la mente”.

Afirma que todos sus hijos le han dado que hacer. Quizás el único que no, es César, el varón que le queda. Ella cuenta que él tuvo problemas de drogadicción pero que le consiguieron unas gotas en una tienda naturista y con eso se recuperó del todo. Con Eida en este momento está peleada. Hasta hace poco vivían juntas, pero su mamá le “dijo sus verdades” porque tiene un hijo y no quiere hacer nada —ni trabajar ni estudiar—, entonces ella se fue. No hablan, y Eida no va a la casa cuando Ana está allá.

—Yensi, la historia de ella también fue bastante crítica, pero gracias a Dios que ella aterrizó. Tiene su marido, tiene sus hijos, está juiciosa, yo no tengo nada que ver con ella. Me dio mucha guerra de pequeña, pero ya ahora no, antes le da consejos a estas y estas se enojan —refiriéndose a sus demás hijas—. De acá la mandé al Chocó, yo misma la fui a dejar porque allá en Vallejuelos los paracos me dijeron que si no la sacaba sabía que la iba a llorar, porque ella a todo muchachito que veía por ahí le pegaba —tenía trece años.

Luisa, la más pequeña, está estudiando en el Chocó. En ella parecen estar puestas las esperanzas de Ana: su voz se alegra cuando habla de su hija menor.

—Ay mija, me ha tocado duro pero ahí voy —me dice, y asegura que sería feliz si sus hijas cambiaran y si tuviera un novio, un compañero que la apoyara.

En confianza

Ana siempre escogió la vida. No importa qué tan difícil se haya puesto, decidió no rendirse y dar la batalla hasta las últimas consecuencias. A ella la palabra

luchadora le queda pequeña. Desde su infancia aprendió a defenderse de un mundo hostil que le forjó el carácter. Hoy no se deja de nadie ni de nada, es fuerte, determinada, disciplinada para lograr sus metas, y constante en su trabajo. Sin embargo las heridas también le dieron cierta amargura que es imposible no percibir a través de sus suspiros, de sus exclamaciones recurrentes, de su estado de ánimo. El dolor la hizo aferrarse a Dios. Y no a cualquiera, sino al suyo propio. Ella lo inventa y se apega a él porque piensa que alguien tiene que haber allá arriba para ir después de tantos esfuerzos. No visita iglesias ni se reúne con nadie a rezar, le ora a su Dios y tiene la certeza de que él la escucha, es todo lo que importa, es lo que más le da fuerzas. “Dios está en todas partes, en todas partes hay gente pobre”, le respondió a su mamá cuando le insistió en que no se viniera a buscar suerte a Medellín.

Cuando se siente segura, en confianza, deja salir su verdadera personalidad. Es burletera, le gusta el trago, la rumba y la vida social. Cuando uno está como invitado en su casa se esfuerza por atenderlo bien, porque uno se lleve la mejor impresión.

Ana es transparente. Tan fácil como puede identificarse cuando algo la hace feliz; también puede notarse cómo el rostro le cambia si hay una situación que la angustia. Recuerdo que fui a visitarla y la invité a tomarnos unas cervezas en el barrio. Nos reímos a carcajadas, y cuando regresamos, la casa estaba llena de amigas de su hija con sus respectivos hijos. Su rostro se descompuso, como avergonzada conmigo porque tuviera que presenciar eso.

“¡Ay mamacita!” exclama constantemente como haciendo catarsis. La cogen unas depresiones que la llevan a no querer nada, pero de alguna manera siempre logra reponerse. Con sus hijas parece haber perdido la esperanza, siente que ya se esforzó mucho por ellas y que es tiempo de que cada una decida qué quiere hacer con su vida.

No come huevo ni pollo. En cambio disfruta enormemente de unas sardinas enlatadas con limón o cualquier cosa que sea de chocolate. Esa es su debilidad. No le contesta el celular a números extraños. Su concepto de belleza no es el de ahora; no admira a las personas flacas, le parecen más lindas entre más rellenitas. Le gustan los vallenatos y la salsa, y cuando está de buen humor se le puede escuchar tararear una canción. No recuerdo la última vez que esto sucedió.

Yo le digo bruja, ella se ríe y me llama hechicera. Nos retamos constantemente para ver quién derrotaría a quién; no hay duda de que ella tiene la fuerza suficiente para dominarme en un minuto, pero me gusta molestarla mientras le golpeo cariñosamente con mis pies sus enormes nalgas.

Han pasado 18 años desde que Ana empezó a trabajar como empleada doméstica en la casa de mi abuelita; vio nacer y morir a tantas personas de mi familia como lo he hecho yo. Sin embargo, solo hasta este momento hice una pausa para descubrir al personaje detrás de la trabajadora. Me alegra haber empezado, porque las palabras aquí plasmadas son solo eso, el comienzo.